

“Miguel Espinosa: el hombre, el escritor, el amigo”

José López Martí

Los tratados de Espinosa: la imposible teología del burgués, Vicente Cervera Salinas, María Dolores Adsuar y María del Carmen Carrión (eds.) Murcia, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2006.

Transcripción de la intervención de José López Martí en el C.P.E. *Los tratados de Espinosa. La imposible teología del burgués*, el 3 de noviembre de 2004.

Siempre me he negado a hablar en público de Miguel Espinosa; bueno, siempre me he negado a hablar en público de cualquier cosa, pero especialmente de Miguel.

Aunque también he de decir que nunca me he negado a hablar de él con nadie que particularmente me lo pidiera: todo lo contrario, siempre lo hice muy gustoso y complacido.

Hoy querría hablaras así, hablar a todos como si fueseis uno, o hacer como si hablara con cada uno en particular.

Es muy difícil para mí convertir a Miguel Espinosa en tema u objeto de reflexión. Él es parte de lo mejor de mi vida, de su mejor época. Está tan unido a mí, que me cuesta mucho separarme y distanciarme lo suficiente para hablar de él, ya sea de su persona o de su condición de escritor, y todavía más del amigo.

Por eso he preferido el lenguaje oral al escrito.

Eso sí, me siento muy bien estando entre amigos –algunos, tanto de Miguel como míos-, entre alumnos y personas que desean saber de él.

Espero poder transmitir algo que os interese, o, tal vez, que os sorprenda, o emocione.

Aunque he dicho lo difícil que resulta para mí objetivar su figura, últimamente he llegado a pensar que así como hay más verdad en el arte y la poesía que en la ciencia y la pura teoría, a la hora de enjuiciar a la persona, la objetividad –si esta palabra significa algo- está más bien del lado del amigo que del biógrafo, el cual sólo acumula datos y luego ha de darles un sentido.

Únicamente el amigo es capaz, creo, de abarcar la totalidad de la persona y alcanzar la propia verdad de ésta...

A las pocas semanas de conocernos ya éramos íntimos amigos...

Llegó a ser tan amigo de Carmen Barberá, mi mujer, como mío...

Pasábamos la mayor parte del día juntos, hablando y hablando, reunidos en bares y cafeterías o paseando.

Muchos me han preguntado de qué hablábamos en tan largos encuentros y paseos.

Hablábamos de todo. Pero en verdad, el auténtico protagonista de nuestro hablar no era el tema tratado, sino el propio hablar, el hablar mismo. De él surgían los temas o cuestiones.

Era, digamos, un hablar que yo calificaría de intransitivo. Los temas, en efecto, surgían espontáneamente, como surge el objeto en el verbo intransitivo: desde el interior mismo de la acción e inseparable de ella.

Hablábamos de tales o cuales cosas porque hablábamos, y no al revés.

Si tuviera que resumir de alguna manera nuestra forma de conversar diría que hablábamos de lógica a risotadas.

Así lo comenta su hijo Juan Espinosa:

A través de esta frase –hablar de lógica a risotadas- adviértase de qué manera, tan singular, la severidad de la lógica y la vitalidad, casi desvergonzada, de las risotadas se perfeccionan entre sí, apuntando a algo que, por contenerlas, parece ser algo más que vida y más que razón.

Sí, hablábamos de todo, pero era más importante la forma de hacerlo que el tema...

Miguel Espinosa hacía cotidianidad del gran pensamiento y elevaba a gran pensamiento lo más cotidiano...

Había en su palabras autoridad, una autoridad que era la expresión de un estilo, una manera sencilla, bella y rigurosísima al mismo tiempo de saber y de relatar las cosas. El que hablaba con él no cuestionaba lo que oía; todo lo contrario: asentía. Sentíase hasta tal punto complacido e identificado con lo que Miguel exponía que pensaba que las cosas estaban muy bien así, como él las decía.

Por ello, mostrar desacuerdo o argüir en contra, aparte de la dificultad que entrañaba, le habría parecido argumentar contra sí mismo...

Se irritaba y criticaba que alguien, al reunirse con él, en un bar o cafetería, solicitase para beber whisky, ginebra, o cualquier otra bebida fuerte. “Estos, decía, quieren ser del gran mundo, y piensan que ello consiste en tomar estas cosas. Sus ansias de gran mundo les impide darse cuenta de que lo más digno es beber una taza de café o algo parecido”...

No soportaba que alguien se quejara de que llegaba tarde cuando acudía a una cita. “Que no me esperen, decía, pero que no hagan gestos ni reproches”.

A él no le importaba que alguien se retrasara...

Con Miguel Espinosa desaparecían los problemas.

Dije esto a su hijo; al oírlo, respondió de inmediato: es la total verdad.

Ciertamente esto era en él una gran virtud...

Miguel Espinosa lo decía todo, todo de todo; y lo decía todo a todos. Y exigía, igualmente de todos que lo dijésemos todo.

Miguel Espinosa y los secretos eran incompatibles.

Resultaba fascinante la interpretación que Miguel hacía de las cosas.

Pero cualquier cosa que se le dijera, por el hecho de saberla él, dejaba, si lo era, de ser secreto.

Era muy difícil resistirse a no decir algo a Miguel, pero decírselo a él, suponía hacerla público. No obstante, todos se rendían y hablaban.

Las censuras desaparecían, se rendían ante él.

Como todo gran seductor, y no sólo en el orden erótico o amoroso, sino en todos los órdenes. Miguel hacía que la persona que lo conocía no pudiese pasar sin el mundo tal como aparecía dicho y comentado por él. De ahí que sucumbiera siempre a la tentación de hablar.

Era un seductor en todos y cada uno de los sentidos del término.

En verdad, el mundo sería muy aburrido sin estos seductores...

“¡Su amigo!”, exclama un empleado de RENFE, refiriéndose a Miguel Espinosa, “¡cómo recuerdo aquellas noches, cuando venían los dos juntos al tren!”.

Muchos otros hombres con los que tratamos en nuestra vida diaria: taxistas, camareros, comerciantes, empleados de la banca..., lo recuerdan, y me lo recuerdan constantemente...

En los últimos años, por la noche, ya muy tarde, en nuestra casa, cuando se despedía de nosotros, de Carmen y de mí, si no llevaba dinero, nos pedía, y no porque lo necesitara, sino por si lo asaltaban poder dar algo: “No estaría bien, decía, que me mataran por una simple contingencia, por no llevar 500 ptas en el bolsillo”...

Podía parecer teatral, pero esa teatral no era en él pose, sino naturalidad y forma de ser, expresión, diría yo, de una radical sinceridad, por paradójico que pueda resultar...

Mi amigo se encontró un día a Muñoz Alonso, que había sido su profesor en el colegio. Miguel llevaba ahora un libro sobre Heráclito, de Spengler, por lo que dijo: “D. Adolfo, del presocrático sólo se conservan unos pocos fragmentos...Spengler, pues, tiene que haberse inventado todo lo que dice”... “Majo –repuso su interlocutor, con una sonrisa llena de malicia-, ¡también se lo inventó Heráclito”.

Largamente comentamos Miguel y yo esta respuesta, muy especialmente en lo que se refiere a esa condición de inventada que en la frase de Muñoz Alonso se atribuye a la filosofía.

Muchos de nuestros argumentos iban dirigidos en contra de la ciencia, dispuesta siempre a negar capacidad de conocimiento a la filosofía, y no digamos si ésta se atrevía a presentarse como invención, cuando ella misma, la propia ciencia, fue invento de la filosofía...

Era un hombre de múltiples oficios, pero, sobre todo, dedicado a escribir. Escribía cuando conversaba, cuando paseaba, cuando viajaba...Luego, puesto delante de la máquina, sólo tecleaba, tecleaba aquello que ya estaba escrito, que anteriormente ya había escrito en su cabeza.

Valga esto que acabo de decir como respuesta a la pregunta que muchos se hacen:
¿cuándo escribía Miguel Espinosa?...

“Nadie que valore la vida podrá competir con los meritorios. Ellos pasan las veinticuatro horas del día haciendo méritos” –me dijo en cierta ocasión.

Y no hay obra de Miguel Espinosa en la que los meritorios no representen importante papel...

Miguel Espinosa tiene adictos e incondicionales. Otros ni siquiera han podido entrar en su obra: es tan crítico y, a la vez, hay tanta verdad en sus libros, que, desde el comienzo, el lector se siente aludido...

Para él la literatura era una actividad cotidiana. Le gustaba leer sus textos a los amigos, y los comentaba como si no fuera él quien los hubiera escrito; pero sabía perfectamente la calidad de lo escrito...

Sus libros nunca serán best-sellers, pero, y de esto me han informado sus editores, no hay mes, desde que se publican, que no se soliciten sus obras.

Ninguna otra caracterización, pienso, resultarían más acertada para incluirlo entre los clásicos...

Aceptaba las críticas con humor. Recuerdo que cuando apareció *Escuela de Mandarines* se asombraba de lo que se comentaba de esta obra en periódicos y revistas: mira, me decía sonriendo: “Dice aquí que yo hago esto y esto”... Era como si aquello no fuese con él, ya fuera positivo o negativo lo dicho por el crítico...

En sus libros está todo, desde lo más cotidiano hasta lo más profundo del pensamiento, pero nunca de forma abstracta. Sus reflexiones siempre alumbran la vida. Sus obras más intelectivas están impregnadas de vida...

¿Satírico o realista, Miguel Espinosa? Ni lo uno ni lo otro, y las dos cosas.

Él no satirizaba, veía lo satírico de la sociedad, la sociedad como satirizante ella misma, y en ese sentido era realista. Si decimos que era un satírico, acertamos; si afirmamos que era un realista, también acertamos. Hipérbole y realismo coincidían en él porque era capaz de percibir aquello que en la realidad misma es exagerado. Miguel Espinosa no exageraba, patentizaba, iluminaba...

Sus obras no representan la realidad: somos nosotros, nosotros mismos, los habitantes del mundo, los que, mejor o peor, representamos lo que Miguel Espinosa escribió...

Escuela de Mandarines es comparable a clásicos como *Gargantúa*, *La Divina Comedia*, *Los Viajes de Gulliver* o *Don Quijote*. Obras únicas, que nada tienen en común, salvo eso, no tener nada en común...

A la tradición de los grandes escritores pertenece Miguel Espinosa, declaró Pedro García Montalvo...

De palabra sustantiva calificó su obra Gonzalo Sobejano...

Como maestro heterodoxo lo definió Rafael Conte...

Su hermana Mari Cruz le dijo un día a Juan, el hijo de Miguel: “En vez de perder el tiempo en el café Mi Bar, hablando con López Martí, tu padre tendría que haberse buscado un manager que lo introdujera en los círculos madrileños de gente importante”.

Pocas cosas me hacen más feliz que verme así contemplado.